

# “El hombre misterioso”/“el cura”: el texto del segundo relato en las *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba* por Félix Manuel Tanco Bosmeniel

Adriana Lewis Galanes

Temple University Philadelphia, Penn.  
Estados Unidos

---

*Publicación —con estudio preliminar, notas y glosario— de un relato o novela corta hasta ahora desconocido, procedente de la Biblioteca Nacional de Madrid. Su autor es el colombiano-cubano Félix M. Tanco, conocido por su obra “Petrona y Rosalía” o “El niño Fernando”, primera parte de la trilogía titulada Escenas de la vida privada en la isla de Cuba. El relato aquí insertado es de 1838 y constituye la segunda parte, mientras continúa sin encontrarse la tercera, que Tanco tituló “Francisco” o “El lucumí”.*

---

## Estudio preliminar

Convencionalmente se le asigna a Félix Tanco un lugar particular en el desarrollo de la literatura cubana, fundamentándose la crítica, en general, en el inquietante relato “Petrona y Rosalía”, escrito en 1838, cuya resaca ideológica le amerita el título de “la primera novela antiesclavista”<sup>1</sup> y cuyo “proceso de racionalización artística”<sup>2</sup> lo entronca con el *realismo* literario en un momento histórico en que rige el liberalis-

---

1 Bueno, Salvador: *Cuentos cubanos del siglo XIX*, La Habana, 1975; Jackson, Richard L.: *The Black Image in Latin American Literature*, Albuquerque, 1976; Hernández de Norman, Isabel: *La novela criolla en las Antillas*, New York, 1977; Schulman, Ivan A.: “Tanco y la literatura esclavista” en *Homenaje a Lydyia Cabrera*, Barcelona, 1977, págs. 317-337; Barreda, Pedro: *The Black Protagonist in the Cuban Novel*, Amherst, 1979; Luis, William: *Literary bondage: slavery in Cuban narrative*, Austin, 1990; y Rivas, Mercedes: *Literatura y esclavitud en la novela cubana del siglo XIX*, Sevilla, 1990.

2 Schulman escribe: “Y en sus conceptualizaciones [Tanco] refleja el proceso de *racionalización artística* que Ángel Rama, en su análisis del realismo, asocia con *un proyecto que una sociedad determinada hace suyo, que implica un esfuerzo de dominación y de concepción y, por otra parte, (...) [una] subsecuente condición de exigir un aglutinamiento social*”; véase Schulman, I.A.: “Tanco y la literatura...”, pág. 323; véase también Rama, Ángel: *Fantasías, delirios y alucinaciones*, en *Actual narrativa latinoamericana*, La Habana, 1970. Apunta Tanco en el ensayo preliminar del manuscrito de “El niño Fernando” —pues así se titula en el manuscrito de que disponemos, y

mo elitista y la modalidad *romántica* de la escritura. Dada la escasez de textos de Tanco —particularmente de aquellos que no podían imprimirse en una isla sometida a un despótico gobierno colonial, y que se consideran perdidos, salvo el manuscrito de “Petrona y Rosalía”, localizado en 1924 por Carlos M. Trelles y publicado en 1925 en *Cuba contemporánea*—,<sup>3</sup> la obra del colombiano-cubano,<sup>4</sup> a pesar del fenómeno en la experiencia literaria americana que en ella se admite, casi siempre se estudia —si se estudia— como una manifestación regional o como documento revelador de un antiesclavismo auténtico.<sup>5</sup> Con la edición que aquí se hace de la *novela corta* “El hombre misterioso” —hasta ahora inédita— se espera que se revalorice la obra literaria de Tanco, y a la vez se investiguen los signos *modernos* de ruptura apa-

---

no “Petrona y Rosalía”—: “Desde luego protesto, no me aparto un ápice de la verdad en lo que refiero de cuanto he visto y oído, y hemos visto y oído todos los que vivimos en Cuba”. El tópico del cura adúltero ficticiamente desarrollado en “El hombre misterioso” —cuyo adulterio no es el único— tal parece calcado sobre el caso del presbítero Nicolás González de Chávez, quien tuvo cuatro hijos con la parda libre Desideria Pimienta y, al morir en Matanzas, dejó como heredero a Simón de Jimeno para que éste cuidara los bienes que sus hijos no podían legalmente recibir; su hijo Santiago Pimienta fue fusilado por conspirador el 28 de junio de 1844.

3 *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*: al calce se lee: “El original manuscrito de éste muy curioso estudio —hecho en 1838 y hasta ahora inédito—, se hallaba en poder del Sr. José R. García, cubano establecido en Buenos Aires desde hace cuarenta años, quien lo cedió al Sr. Carlos M. Trelles cuando estuvo éste en la capital de la Argentina, a fines de 1924, con motivo de la celebración del Primer Congreso Internacional de Economía Social, al que concurrió como delegado de nuestra República”; véase *Cuba Contemporánea*, 39, 1925, pág. 255.

4 Nació en Bogotá en 1797, y llegó con su familia a Cuba en 1808. Radicado en Matanzas, se consideró cubano, y es el amor a la patria, el patriotismo traducido en rechazo del estado colonial y en impulso a transformar la sociedad, lo que le concede una perspectiva, llamada por Schulman, “homocéntrica y de una homología étnica”; véase Schulman, I.A.: “Tanco y la literatura...”, pág. 323. Fue administrador de Correos de Matanzas desde 1828 hasta 1844, cuando tuvo que escapar a los Estados Unidos al saberse delatado a las autoridades como antiesclavista conspirador durante las atroces investigaciones llamadas “de la escalera”, provenientes de las rebeliones de esclavos en ese año. Su obra ensayística —folletos, refutaciones, representaciones—culmina con *Probable y definitivo porvenir de Cuba* (Key West, 1870), donde, cansado de abogar por la independencia de Cuba, y desilusionado con sus correligionarios separatistas, postula la anexión a los Estados Unidos como un matrimonio por conveniencia preferible a la condición de colonia española. Murió Tanco en 1871, antes de explicarse plenamente.

5 El *liberalismo* de Del Monte y sus contertulios se contradice en cartas privadas: actuaban por temor del constante aumento demográfico de la población negra, y en verdad eran partidarios de la abolición de la trata de esclavos y no de la esclavitud en términos generales. Esa ambivalencia se documenta en José Antonio Saco, historiador del esclavismo, exiliado de Cuba en 1836 por revoltoso y, sin embargo, apologista de un sistema humanitario de producción con esclavos, como muestra Manuel Moreno Fragnals en *José A. Saco, estudio y bibliografía*, Santa Clara, 1960.

recidos ya en la tercera década del siglo diecinueve, tanto en éste como en otros escritores hispanoamericanos.<sup>6</sup>

Un fortuito hallazgo mío, en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, de tres cartas y otros papeles, enviados en 1842 por el erudito cuáquero inglés Benjamín Barron Wiffen al bibliófilo español Luis Usoz y Ríó, me ha permitido estudiar y editar unos materiales literarios cubanos que se consideraban extraviados en Inglaterra.<sup>7</sup> Wiffen le remite a Usoz copias de poemas y relatos transcritos de originales que tenía el burócrata británico Richard Robert Madden, cuyo anti-esclavismo era hartamente conocido en su época y cuyos escritos se utilizan en la nuestra como apoyo documental para la descripción del funcionamiento de la sociedad esclavista cubana a fines de la década del 1830. Los textos literarios hallados formaron parte de un *Álbum* manuscrito de composiciones de sesgo reformista, recopilado por el rico hacendado y literato Domingo del Monte con el propósito de informar a Madden “del estado de la opinión acerca de la trata y de los siervos entre los jóvenes que piensan en este país”<sup>8</sup> y servir de contrapunto —“¡Hay ilustrados aquí!”— a la primera parte de la “Autobiografía” del esclavo y poeta, libertado en 1836, Juan Francisco Manzano, donde se retrataban la inhumanidad del esclavista y la agonía en vida del esclavizado. A su regreso a Londres en 1839, Madden, recién depuesto como superintendente de Afri-

6 No estimamos que la obra narrativa de Tanco sea una anomalía; nos parece más asunto de la inasequibilidad de textos que no se imprimieron. Abordo éste, tocante a Juan Francisco Manzano, en *Literatura afro-hispanoamericana: óptica estética e ideología autoral*, en *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*, Saul Yurkievich, ed., Madrid, 1986, págs. 278-293. Por *moderno* se entiende aquí modernidad ideológica de trascendencia social vertida en un molde artísticamente liberado —por lo tanto, no todo texto inédito/supreso se revelaría *moderno*—; se sugiere así un cambio de óptica crítica tal como la ponen en práctica Evelyn Picón e Ivan Schulman en “Historia y modernidad”, en *Cuadernos Americanos*, 42, 1983, págs. 85-105, segundo capítulo de *Las entrañas del vacío: ensayo sobre la modernidad hispanoamericana*, México, 1984.

7 Ver mis artículos: “Luis Usoz y Ríó, bibliófilo español del siglo XIX: no conocido custodio de textos literarios cubanos”, *ACTAS AIH*, 8, 2, Madrid, 1986, págs. 1.445-1.454; “Tres poemas inéditos [anónimos] sacados de Cuba en 1839 y encontrados en la Biblioteca Nacional de Madrid”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, 35, 1985: págs. 38-47; “Los textos de las creídas perdidas ‘Elejías cubanas’ de Rafael Matamoros y Téllez” (con la colaboración de R. Hernández-Morelli), en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 451-452, 1988, págs. 267-285; “Poesías de Juan Francisco Manzano: ‘Desgracia y poesía únicamente / los dones fueron que encontré en mi cuna’”, en *Anales del Caribe*, 9, 1989, págs. 19-72. Seguiré la edición del cuento “El ranchador” de Pedro José Morillas: una primera redacción, de 1838-1839, de la versión publicada en la revista *La Piragua* en 1856.

8 Carta de Anselmo Suárez y Romero a José Z. González del Valle, 5 de septiembre de 1838.

canos Libertos de la Isla de Cuba por Gran Bretaña, llevó consigo el *Álbum* e hizo públicos la “Autobiografía” y siete poemas de Manzano, traducidos al inglés, junto a un “Specimen of Inedited Cubans Poems”, en *Poems by a Slave in the Island of Cuba, Recently Liberated; Translated from the Spanish, With the History of the Early Life of the Negro Poet, Written by Himself; to Which are Prefixed Two Pieces Descriptive of Cuban Slavery and the Slave-Traffic*, publicado en Londres, por Thomas Ward and Co., en 1840. El conjunto del *Álbum* en sí no vio la luz y, al creerse perdido, se ha descrito hasta ahora entresacando informaciones de los epistolarios de ese período. Mi manejo de materiales inéditos —aunque sean copias y no los originales— y subsiguientes investigaciones han hecho posible la reconstrucción del contenido de ese *Álbum*, aunque todavía queda hipotética la descripción ya que otro hallazgo podría conducir a nuevas sorpresas.<sup>9</sup>

Entre las novedades surgidas de ese descubrimiento en la Biblioteca Nacional de Madrid está “El hombre misterioso”, tanto como texto, que se sabía existió pero que persistía inasequible, como en calidad de noticia histórica, pues se desconocía que Del Monte hubiese incluido un relato de Tanco en el muestrario literario destinado a Madden. En el legajo que contiene el texto de Tanco aquí editado no aparece el título del relato ni hay mención del autor. Se rotula la composición con la denominación *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*, y fue al leerla, relacionándola con el tenor de los otros textos incluidos en tres legajos en serie y con casi olvidadas lecturas de cartas en el último tomo del *Centón epistolario de Domingo del Monte*<sup>10</sup> como pude identificar su título, “El hombre misterioso”, y a su autor, Félix Manuel Tanco Bosmeniel: tenía frente a mí el segundo relato de la trilogía tan mentada en las cartas de Tanco a Del Monte.

9 Describí ése, y el proceso de reconstrucción, en “El contenido del *Álbum* portado en 1839 por Richard Robert Madden, a la luz de documentos inéditos: Habana-Londres-Madrid” (*El Caribe: encuentro cultural*, Universidad Interamericana, Puerto Rico); una versión revisada en “El ‘*Álbum*’ de Domingo del Monte”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 451-452, 1988, págs. 255-265. Del mismo modo que no había evidencia, previo a esta investigación, de un nexo entre R. R. Madden y B. B. Wiffen —circunstancia motriz de mi hallazgo en la Biblioteca Nacional de Madrid, donde se depositaron, a la muerte de Luis Usoz en 1865, sus papeles y biblioteca—, es muy posible que la pesquisa de otros entronques de Madden con abolicionistas literatos en los Estados Unidos e Inglaterra permita localizar la todavía extraviada novela *El ingenio, o las delicias del campo* (publicada en 1880 con su título original: *Francisco*) de Anselmo Suárez y Romero.

10 Publicado en La Habana en 1975.

A 20 de agosto de 1838, le escribió Tanco a su mentor literario:

"*Petrona y Rosalía* hace 20 días que se acabó, y en estos 20 días he surtido otro cuento, mucho más de mi gusto que el 1.<sup>o</sup>. La aristocracia es la que paga el pato en *Petrona y Rosalía* y la clase media en *El hombre misterioso*. Todos salen bien zurrados y expuestos a la vergüenza pública: verás en *El hombre misterioso* cómo pinto a nuestros curas de campo".<sup>11</sup>

Comprensivamente Tanco llama a estos relatos *Escenas de la vida privada en la Isla de Cuba*, y a veces *Escenas cubanas*, en sus cartas a Del Monte. Es de interés un párrafo en la carta anteriormente citada:

"Has de saber que la idea de escribir estas *Escenas cubanas* no es nueva en mí; pero me la calentó y fecundó el maldito Balzac con las suyas francesas, y me ha entrado tal reconcomio por pintar, que no me puedo ir a la mano. A cada cuadro quisiera ponerle yo su estampa, porque esto excitaría infinito la burla y la indignación, y produciría más efecto. Ya se supone que esto no es para imprimirse entre nosotros, y tal es mi pena".<sup>12</sup>

Se señala aquí la huella dejada por Honoré de Balzac, con sus *Scènes de la vie privée* publicadas en 1830 (seis "ouvrages nouveaux") y 1832 (ampliadas a once obras): una nueva manera de narrar que, si reparamos en el alto número de veces en que se alude a los relatos balzaquianos a través de los siete tomos del *Centón epistolario de Domingo Del Monte*, tuvo gran acogida entre los literatos progresistas de Cuba durante la década de 1830. Notemos cómo en la frase final del período citado se hace profecía al compararla con lo acontecido a la obra narrativa de Tanco.

Prologa el relato "Petrona y Rosalía" un "Al que leyere" donde Tanco asienta su teoría de la novela,<sup>13</sup> resumida en la misma carta a Del Monte del 20 de agosto de 1838:

"En la advertencia preliminar que le he puesto [a 'Petrona y Rosalía'], explico mi parecer sobre cómo deben escribirse novelas cubanas o dramas, so pena de no pintar lo que somos: digo que es preciso presentar los contrastes de los dos colores de nuestra población; los negros y los blancos trabajándose mutuamente, pervirtiéndose hasta en los más indiferente de

11 *Centón epistolario de Domingo del Monte*, tomo VII, págs. 113-114.

12 *Ibidem*, pág. 114.

13 En *Cuba Contemporánea*, 39, 1925, págs. 255-260; en este mismo número aparece la primera edición de *Petrona y Rosalía*, con un nuevo título: *El niño Fernando*, págs. 260-287.

la vida, de tal manera que en los blancos se ven a los negros, y en los negros a los blancos. Hasta ahora parece que se ha tenido y se tiene miedo, o se tiene escrúpulo o asco de presentar a los negros en la escena o en la novela juntos con los primeros, así como se presentan en los padrones, o como si no estuviésemos en la realidad, no ya juntos, sino ingertados, amalgamados como cualquiera confección farmacéutica... En mis *Escenas de la vida privada*, que ahora te remito, verás mucho diálogo, y que el autor habla lo indispensable. Cada persona usa su lenguaje particular: nada de *bozalismo*: mis negros hablan el castellano clarito como lo hablan realmente los *criollos*: nada de nombres fantásticos buscados en otras novelas, sino los nombres comunes entre nosotros".<sup>14</sup>

El repudio de la estética costumbrista del romanticismo se columbra en el menosprecio del *bozalismo*:<sup>15</sup> práctica común en la literatura española desde el siglo XVI que llegó a la vulgarización total, particularmente en el teatro bufo, en la época en que escribía Tanco.<sup>16</sup>

Más tarde, tocante a "El hombre misterioso", escribe a 4 de septiembre de 1838:

"...yo no pinto como tú [Del Monte] quisieras el paisaje, la naturaleza física, sino costumbres, las ideas reinantes de la sociedad en 1815 que son poco más o menos las de 1838. Y estas costumbres, y estas ideas no las pinto yo con mis palabras, sino con las palabras de mis personajes, con sus acciones, con la manera de vivir y de pensar, de que resulta que cada individuo dice cual es su carácter propio, cual es su alma".<sup>17</sup>

El compromiso de Tanco de hacer un retrato verídico de la sociedad circundante mediante la acción y voz del personaje entraña una estimación del lector, y la colectividad a la que pertenecía, poco común entre los escritores de aquel momento, exaltadores del espíritu popular y

14 *Centón...*, tomo VII, pág. 113.

15 Uso de construcciones verbales asintácticas y morfológicamente deformadas, junto a un léxico artificialmente afrohispanoamericano, con el propósito de representar el habla del afrocubano; el "bozal" era el esclavo recién llegado del Africa, mientras que se llamaba "criollo" a todo negro esclavo o liberto nacido en Cuba. El aprovechamiento abusivo del *bozalismo* lo estudia Luis Morales Oliver, en *Africa en la literatura española*, 3 vols., Madrid, 1957, y Lemuel Johnson en *The Devil, the Gargoyle and the Buffoon*, Fort Washington, New York, 1969.

16 Examiné un "plan poético-africano" promovido por Domingo Del Monte en 1836, cuyo perfil se espiga en el tercer tomo del *Centón epistolario del Domingo del Monte*, en comunicación leída durante el XXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Madrid, 26 de junio de 1984; una versión ampliada está por aparecer con el título "Una desconocida poesía *africanil*: noticias y una reconstrucción".

17 *Centón...*, tomo VII, pág. 115.

desdeñadores del hombre de pueblo tal como funcionaba en su prosaico quehacer cotidiano. Le escribe a Del Monte, en carta del 8 de septiembre de 1838:

"Yo he querido y quiero escribir para los alcances del pueblo cubano: quiero que me entienda cualquier hombre o mujer de nuestro vulgo, un mayoral, un montero, un negro criollo, un negro ladino [que sabe leer y escribir], una negra mondonguera, etc.; pero quiero que me entienda igualmente un marqués, un conde, un abogado, un médico, un comerciante, etc. Advertirás que mi estilo, así en esta novela ['El hombre misterioso'] como en la primera, es harto desaliño, y comunísimo, lo cual es calculado adrede, para darle tal aire de verdad a lo que digo que parezca la relación de un proceso, o de un hombre y no literato, que está refiriendo hechos verdaderos".

Escribió Tanco un tercer relato que se considera perdido; lo describe en carta de 4 de septiembre de 1838:

"Tengo en quilla otro cuento más, *Historia de Francisco*. Esta historia es la de un negrito de 12 años sacado del barracón [depósito de esclavos previo a la venta pública de éstos), cuando los barracones estaban en frente de la alameda y se hacía libremente el comercio de Africa. Con el negrito Francisco voy a meterme en todos los rincones de las casas desde el palacio hasta el bohío [vivienda de campesinos], y todo lo he de sacar a la pública espectación —o a la vergüenza pública—. <sup>18</sup>

Un año más tarde, a 12 de septiembre de 1839, le informa a Del Monte de un proyectado envío a los Estados Unidos de "mis tres novelas que llevan ahora estos títulos: 'El niño Fernando' en lugar de *Petrona y Rosalía*, 'El cura' en lugar del *Hombre misterioso*, 'El lucumí' en lugar de *Francisco*; todas están retocadas y compuestas". La trilogía de *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*, pulida su primera redacción, parece haberse dado por concluida. Otras cartas indican nuevos planes: "ya en la idea otra novela que será larga y que tendrá por título *Los vandoleros*: entrará la pintura del foro, la suerte de la clase blanca pobre en la isla, la conducta del gobierno...", <sup>19</sup> pero esas obras también se han traspapelado, o han sido destruidas.

La reescritura de "El hombre misterioso" nos plantea un primer problema: ¿cuál fue la redacción llevada por Madden a Inglaterra? Sabemos

18 *Ibidem*, pág. 116.

19 *Ibidem*, pág. 115.

que para el 12 de septiembre de 1839 ya estaba limado el relato, y rebautizado “El cura”, con planes de enviarlo en octubre “para el Norte”. En carta a Del Monte, del 16 de noviembre de 1839, Tanco escribe: “allá va mi *Francisquillo* que has de colocar a continuación del *Niño Fernando* como que la historia del lucumí [esclavo originario de Nigeria] prosigue parte de la historia del hidalgo, como verás”,<sup>20</sup> y no vuelve a hablar de “El hombre misterioso”/“El cura”. Sabemos también que R. R. Madden, aunque depuesto de su cargo, no salió hacia Inglaterra hasta octubre de 1839: en el camino, hace escala en Nueva York, donde firma el 7 de noviembre de 1839 una deposición a favor de los esclavos amotinados del buque negrero “Amistad”, quienes habían desviado el velero y finalmente habían sido apresados en New London, Connecticut. El cotejo de las fechas que se nos dan obliga a reconocer que no es factible determinar cuál de las redacciones es la que aquí, transcrita por Wiffen, editamos. Ahora, si examinamos el texto del relato, dado que la presencia de un hombre encapotado —misteriosa figura innominada inserta en el escenario habanero al final del primer capítulo— es el nexo entre los sucesos de La Habana y lo acontecido en el campo, nos inclinamos a opinar que el texto aquí asequible es el de la primera redacción; esto es, sí es correcta nuestra conjetura de que un cambio de título conllevaría un cambio del personaje-gozne del relato.

El segundo problema suscitado es el de la posible distorsión del texto de Tanco mediante el proceso de corrección de textos, tan practicado por Domingo del Monte, a través de cuyas manos tendría que pasar el manuscrito antes de entregarse a Madden, y más tarde, en 1842 cuando lo copia Wiffen, por virtud del no enteramente fiable procedimiento de transcripción. Se postula, pues, una generación indeterminada de textos, a la cual habría que añadir nuestra publicación aquí ya que el editor no puede evitar dejar su señal en el texto que traslada de cursiva a letra de imprenta.<sup>21</sup> La posibilidad de que el texto que tenemos incluya enmiendas, cambios o adiciones llevados a cabo por Del Monte, cuya insistencia en corregir lo que escribían los otros —Anselmo Suárez y Romero, Juan Padrines, Jacinto Milanés, Cirilo Villaverde...— es conocida, queda en pie. Asimismo es presumible la presencia de erratas en el traslado de Wiffen: sus prácticas editoriales, comprobables en la co-edición con Luis

20 *Ibidem*, pág. 134.

21 *Ibidem*.



Usoz de la colección en veinte volúmenes *Reformistas Antiguos Españoles* (publicados entre 1847 y 1865), descartan el que hubiese una alteración a sabiendas. El asunto permanece pendiente.

Quizá textualmente intervenido, y tal vez imperfectamente transcrito por Wiffen, pero de cualquier modo asequible ahora al lector y a los estudiosos de la literatura, se asienta aquí el relato “El hombre misterioso”/“El cura” escrito por Félix Tanco en 1838.

## ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA EN LA ISLA DE CUBA \*

### 2.ª parte

Va el adulterio de una casa en otra;  
Zumba, festeja, ríe, y descarado  
Canta sus triunfos...

*Jovellanos*

#### I

Vivía en la calle de Compostela, al número tantos, el Señor D. Pedro del Aguila, auditor honorario de guerra, con la Sra. D.<sup>a</sup> Belén Zorrilla y su hija D.<sup>a</sup> Merced, de edad de 22 años. Era esta casa de las más concurridas de gentes principales de la ciudad así por su riqueza y su linaje como por su concepto literario y sus empleos. Aficionado D. Pedro a las letras sin profesarlas, y con un regular entendimiento para discurrir aunque no siempre, se había granjeado el [sic] estimación del público, y formado en su casa una tertulia de amigos estudiosos que se reunían jeneralmente por la noche. De abogados y médicos

---

\* Se ha tenido cuidado en la transcripción del texto manuscrito: se respetan las prácticas ortográficas de la época [j en vez de g; s en vez de la ultracorrectora x] y reproducciones gráficas del habla rústica cubana, al igual que oscilaciones en el nombre de personajes ["Conteras"/"Contreras"/"de Contreras"; "de Águila"/"del Águila"). Dejo las abreviaturas "D." y "D.ª" pero escribo "usted" por "V.". Reduzco las consonantes dobles carentes de matización fonológica a grafías sencillas. Modernizo las grafías inútiles (e.g., "quando" a "cuando"). Algunas voces connotantes del nivel de educación del hablante se dejan así, y, en ocasiones cuando la palabra repugna a sumo grado, la marco con *sic* entre *corchetes*. También pongo entre *corchetes* adiciones, en casos extremos, cuando mi interpolación se hace necesaria para determinar el sentido del texto o cuando considero la probabilidad de que la *ausencia* pueda ser error en el proceso de reescritura y/o transcripción. No se incluyen las tachaduras. Acentúo con criterio moderno. Trato de mantener la puntuación del manuscrito, salvo cuando se obliga una *coma* para resguardar la ilación lógica de la frase o cuando el signo de *dos puntos* en el texto no une dos períodos afines, en cuyo caso pongo *punto final*. Editorialmente suplo el deslinde del diálogo del componente narrativo: sólo a nivel mecánico. A pesar de la tentación, dado el que Tanco mismo indica que el estilo del relato es *desaliñado* y *comunísimo* adrede, no me arrojé la función de corrector académico ni le añadí nada de mi propia cosecha. La investigación del relato como sistema de comunicación se deja para otra ocasión.

Algunos regionalismos en el texto del relato exigen una aclaración (los que se hallan en el texto transcrito son de Tanco, o quizá de Wiffen en función de comentarista): éstos se señalan con *letras voladas* junto al vocablo, entre *paréntesis* de la *a* a la *n*. Los vocablos así marcados se aclaran al final del texto.

se componía la mayor parte, que son las dos clases que representan en cierto modo la cultura intelectual del país, si no por los títulos de la sabiduría, a lo menos por los legalmente adquiridos en la universidad y en el colegio seminario: los matemáticos y los teólogos no hacen papel entre nosotros, y los literatos, los pocos literatos que hay, son jente tan desautorizada que nada significan ni forman cuerpo.

Deseoso D. Pedro de presentarse al público con el carácter de hombre entendido, pretendió ser director al [sic] Real Sociedad patriótica de amigos del país, y lo consiguió a pocas dilijencias que hizo entre los socios, principalmente entre los socios abogados que formaban entonces el partido fuerte de aquella corporación. Era su manía el que se escribiesen muchas memorias sobre todo aunque nada se hiciese, pues se pagaba con preferencia de discursos floridos y tenía particular gusto en atildarlos haciéndoles observaciones gramaticales de buen decir; todo por ostentar lo poco que había leído, y pasar por hombre inteligente. Mas ya hemos dicho que este D. Pedro, bien examinado, era un pobre sujeto en cuanto a saber, y nada lo prueba mejor que su misma manía de las Memorias. En cuanto a moralidad, no era el escándalo lo que más llamaba su atención y escitaba su sensibilidad, siendo su boca un ver[d]adero escarnio y befa al respeto que decía tener por la moral pública, según lo veremos al fin de nuestra historia: quiero decir, que D. Pedro en este punto era un hipócrita consumado que representaba su papel en la sociedad como lo representan tantos.

Los tertulianos que se reunían en su casa a las ocho de la noche, principiaban de ordinario por conversaciones variadas, amenas y [sic] instructivas, y terminaban por costumbre con una o dos mesitas de tresillo de a dos reales el tanto, que se ponían en el comedor. D.<sup>a</sup> Belén y su hija Mercedita se quedaban en el estrado con algunas amigas y amigos que no jugaban, o por no tener dinero o, lo que parecía muy raro, por no ser aficionados a la baraja. Algunas veces, cuando se ponían las mesas de tresillo, los hombres que permanecían en la sala, que eran los más de ellos bachilleres, proponían la manigüita <sup>(a)</sup> de a cuatro reales el apunte.

—Vamos, Belencita —decía cualquiera de ellos — échenos nuestros alburitos de a 4 Reales para [que] se diviertan las muchachas.

—¿Ustedes qué dicen, Niñas? —contestaba D.<sup>a</sup> Belén dirijiéndose a las amigas de la tertulia.

—Lo que quiera, Belencita.

—Pero no jugamos más que hasta las nueve.

—Bueno —contestaban todos—, hasta las nueve.

Y luego se disponía una mesa en la sala, y jugaban al monte unas miserables pesetas con la misma ambición que se juegan las onzas en una mesa pública.

—¡Qué viciosos son ustedes! —les decía por broma D. Pedro cuando los veía que iban a jugar.

Y los bachilleres y las señoritas le contestaban riendo:

--Lo mismo que ustedes.

Así pasaban algunas noches en tan honesto recreo, lo cual sucedía regularmente cuando los bachilleres cojían algún dinero de costas procesales. Hablamos de la tertulia de la sala, pues respecto a la reunión del comedor, las mesitas del tresillo eran de ordenanza.

Otras noches, en vez de jugar la manigüita, se cantaba al piano o a la guitarra.

—Mercedita —decía D.<sup>a</sup> Belén—, toca un poco para pasar el rato.

—Sí, Mercedita —le decían los aficionados a la música—, y no sería malo que usted nos cantara alguna cosa de la *Isabela*.

Mercedita se ponía al piano y solía cantar aquello de:

“Por ser tierna esposa  
y madre amorosa”,

o bien aquello otro de la *Travesura*: “Mi bota y mi morena”, por ejemplo.

—¡Bravo! —decían todos palmoteando cuando acababa de cantar.

—Lo ha hecho usted, Mercedita, tan bien como la misma Galino.

—No venga usted ahora con sus ponderaciones —contestaba Doña Belén—. ¡Cuándo va ella a cantar como la divina Mariana!

—¡Bachiller Santa Cruz! —gritaba desde el comedor D. Pedro— ¡Vamos a ver: esa famosa aria bufa de Juan Estremera!

El bachiller tomaba una guitarra, y remedando el tono y el jesto del cómico que se le había dicho, entretenía la tertulia con sus gracias de imitador, y con las gracias de las óperas de aquel entonces.

Ni más ni menos era lo que se hacía todas las noches en la casa de D. Pedro de Aguila.

Los días se pasaban en coser por la mañana D.<sup>a</sup> Belén y su hija, en sus poltronas. Y D. Pedro en hacer visitas, en leer libros de su gusto algunas horas antes de la comida, en dormir después la siesta dos horas, y a la caída de la tarde en dar un paseo en volante [sic] por la alameda hasta el toque de la oración.

Una mañana temprano, estando D. Pedro y D.<sup>a</sup> Belén en una de las dos ventanas de la calle, y Mercedita en la otra, vieron pasar corriendo, en un hermoso caballo alazán, un hombre alto que iba envuelto en un capote, atado un pañuelo blanco a la cabeza, y con un sombrero de paja de ala corta; asomábase por debajo del capote la contera de un machete y, calzadas sobre botas, espuelas de plata. Casi a un tiempo se miraron los tres de las ventanas, involuntariamente, y después de un breve rato de silencio dijo D.<sup>a</sup> Belén:

—¿Qué vendrá a buscar éste?

—Vendrá a sus asuntos —contestó D. Pedro.

—Y está delgado —añadió Mercedita.

No dijeron más. Una negra vino a avisarles que el almuerzo estaba en la mesa; se dirijieron al comedor, en el cual desayunaron con el mejor apetito una

rica gandinga <sup>(b)</sup> preparada por las mismas manos de D.<sup>a</sup> Belén que gustaba mucho de hacer sus cocinadas a la criolla.

Concluida esta diligencia indispensable, cada uno se fue a sus ocupaciones ordinarias. Y en ellas los dejaremos por algún tiempo: para relatar otros sucesos preciosos sin los cuales no se comprendería lo que hemos referido ni se sacaría ninguna consecuencia provechosa.

## II

En un pueblo de campo de 300 almas, inmediato a la Habana, vivía D. Nicolás Conteras con su familia compuesta de una mujer y dos hijas, Josefa y Carmen, de 15 y 17 años de edad. Tenía, lindando con el pueblo, un cafetal de poco valor con 25 a 30 negros de ambos sexos: entre cojos, mutilados, mocosos y viejos, pocos había verdaderamente hábiles para el trabajo; llamábase el mayoral José de Jesús de Verdugal. D. Nicolás tenía casa propia en el pueblo donde moraba la mayor parte del año, y el resto en la finca.

El, el receptor de Rentas, el Capitán del Partido y el Cura eran los principales personajes del lugar: casi siempre estaban juntos, y la tertulia se formaba en la casa del primero, que era la mejor por más grande y bien tratada y por ser la única de teja y mampostería.

De estas cuatro personas, la que más se distinguía, por su carácter y costumbres, era el Cura. Hombre de 38 años de edad, de regular estatura, algo trigueño y de pelo casi blanco. Vestía como cualquier particular, sin ningún distintivo de su clase. Su genio vivo y alegre le hacía prescindir de la gravedad y santidad del ministerio que ejercía, y se daba libremente a todo género de diversiones. Jugaba los gallos; jugaba al monte, poniendo él y D. Nicolás el fondo y tallando los dos con cierta maliciosa inteligencia; jugaba el tresillo; jugaba las damas; tocaba la guitarra y cantaba; bailaba y requebraba las mozas, a las guajiras, <sup>(c)</sup> sin distinguir estados ni condiciones. En una palabra: el padre D. Salvador de Medina, sin poseer ninguna de las cualidades de un buen cura o de un buen sacerdote, tenía todos los vicios y la corrupción de un mal hombre. Los vecinos del pueblo y del partido tal vez le apreciaban y querían por este libertinaje, pues todos ellos, con una corta excepción, eran viciosos y vivían en escándalo. En punto a saber, era el padre Medina ignorantísimo: apenas sabía escribir y farfullar el latín del misal y del breviario. Y, sin tener, la instrucción del ateo, se burlaba de Dios y de los santos, de los ministerios de las religiones del mundo. Llamaba este hombre a los vecinos devotos o religiosos de su feligresía calambucos y mentecatos, pero se aprovechaba del respeto que le tenían como sacerdote, no obstante su mucha corrupción, para sacarles el dinero y mantenerlos embarcados con fiestas de pura irrisión y mojigangas, y con sermones bárbaros, que fueran modelo de sagrada elocuencia los de fray Jerundio [Campazas] comparados a los suyos.

Todos aquellos deberes de su respetable ministerio los desempeñaba el padre Medina con una precipitación y un mal modo, con una repugnancia y fastidio que escandalizaba a los vecinos menos religiosos. Casar, bautizar, enterrar, decir misa, confesar y predicar eran para él cargas pesadas, graves molestias que le quitaban su natural buen humor porque le robaban el tiempo a sus gustos o a sus vicios. Y si esto se observaba pagándole el dinero, ¿qué no sería cuando los vecinos pobres necesitaban de él! Empeños eran menester entonces para que se prestase a cumplir con su obligación. Jugando una vez en la taberna a las damas, se llegó a buscarle una pobre negra nacida en el pueblo, y le suplicó que fuese a su casita a confesar y administrar [Los Santos Oleos] a una hija que estaba en cama muy grave.

—A mí no me busques —le dijo con enfado el padre Medina—, sino al médico para que la cure; con que lárgate.

—Pero, padre, si se está muriendo mi hija, y ya no tiene remedio su enfermedad. El médico ya la desahució.

—Pues yo no me muevo ahora por nada de este mundo, aunque tu hija fuera la misma Venus. Conque lárgate.

—Es fuerte rigor —dijo la negra retirándose aflijida—, que porque uno es pobre mi hija se ha de morir sin los sacramentos.

Y se murió, en efecto, sin ellos a las dos horas, dejando una impresión dolorosa y profunda en el ánimo de su madre.

D. Nicolás Contreras tenía muchas afinidades morales con el padre Medina, y por esta circunstancia se llevaban y querían como hermanos. Nada lo probará mejor que lo que vamos a referir.

Magdalena Ferregut, negra criolla libre que había vivido en la Habana muchos años en clase de lavandera, se había trasladado al pueblo de que hablamos, por invitación de D. Nicolás, con quien vivía y tuvo las dos hijas Carmen y Josefa, la primera de 17 años y la segunda de 15. ¡Cosa singular! Este hombre que en su opinión, como en la del Cura, no pertenecían los negros a la especie humana sino a una clase privilegiada de monos, que según esta misma opinión no los trataba como a seres racionales —D. Nicolás, repetimos— no tuvo escrúpulos de conciencia, no tuvo horror y espanto, en galantear a un animal que no era de su especie y en tener hijos con él. Este animal —es decir, Magdalena Ferregut— disfrutaba sin embargo de todos los honores del estrado y de ama de casa, y era atendida y considerada como tal por el Cura y por los demás vecinos del pueblo, en atención a sus mariciones [sic] públicas con D. Nicolás Contreras.

Las dos mulaticas, gracioso producto del injerto de dos seres distintos, eran los dijes de la casa, y por ellas se daban con frecuencia algunos changufes —es decir, algunos bailes de tiple, calabazo<sup>(ch)</sup> y canto en que la décima es la letra y medida que se acomoda al aire y compás del zapateo.

—Supongo que mañana, día de San José, tendremos reunión para celebrar a Pepilla —decía el Cura a D. Nicolás.

—Allá veremos como amanece —contestaba éste.

Y se reunían con efecto el día del Patriarca muchos guajiros y guajiras en casa de D. Nicolás desde las diez u once de la mañana hasta las mismas horas de la noche. El pueblo se llenaba de caballos y la casa de hombres y mujeres. Allí se jugaba, se bailaba, se cantaba y se retozaba: todo era una estrepitosa confusión. Y era de ver a la negra Magdalena, muy oronda, haciendo el papel de la Señora de la casa: recibir las rústicas cortesanas y los cumplidos de los guajiros, y reclamar el orden a la concurrencia cuando advertía alguna cosa que no le parecía regular.

—Vamos, padre Medina —le decía esta misma Magdalena, tomando parte en el regocijo—, cántenos usted alguna cosita a la guitarra.

—Si me acompaña Carmencita lo hago; si no, no —contestaba el cura.

—Pues vamos, Carmen —le decía su madre.

—Vamos, vamos, doñita —gritaban algunos guajiros—, aquí canta hoy todo días [sic, ¿dios?].

Es de advertir que esto pasaba después de haber comido y bebido abundantemente [sic]. El padre Medina tomaba la vihuela, y cantaba con la mulatica Carmen algunos boleros compuestos por el famoso Pepe Torres, mulato libre de la Habana que enseñaba entonces a cantar y tocar la guitarra. Vivas y algazara de gritos y palos eran las señales de aplauso de aquella furibunda y destemplada concurrencia.

—Es menester, padre Medina, que usted luzca hoy todas sus habilidades —le decía D. Nicolás luego que se acababa de cantar y de aplaudir—. Ahora falta que usted nos baile el congo: pero con toda su sal y pimienta, como usted lo sabe hacer cuando quiere.

—¿Y con quién lo bailo? —preguntaba el Cura—. Porque solo no tiene ninguna gracia.

—Con Pepilla —decían algunos.

—Con la señá Magdalena —decían otros.

—Poco a poco, caballeros —les interrumpía D. Nicolás—; con Jacintilla es con quien va a bailar.

Tomaba enseguida de la mano a una de las guajiras de la concurrencia, y la plantaba en el puesto.

—Vamos, ya tiene usted compañera, padre Medina.

—¡Música! ¡Música! —gritaban entonces los guajiros.

Y empezaban los tiples y calabazos a tocar el congo. El nombre mismo de este baile está indicando su origen africano: baile obsceno hasta no más, por los movimientos indecentes y lascivos de los bailadores, y que [de] los tangos y cabildos<sup>(d)</sup> pasó a las casas de la jente blanca, donde lo bailaban las señoritas y caballeros y, como acabamos de ver, hasta los Curas.<sup>(e)</sup>\*

Con esto, con jugar al monte unos, con regatear otros a caballo en la calle, que es el camino real, y con galantear a su modo algunos amartelados guajiros

a las zahareñas guajiras, se pasaba el día de San José y todos los días de cumpleaños en la familia de D. Nicolás.

A los dos meses de pasada esta fiesta sobrevino un acontecimiento escandaloso en la casa. Serían como las ocho de la noche cuando se echó de menos a Carmen: en vano la buscaron por todo el pueblo y preguntaron por ella a todos los vecinos.

El Cura, a la sazón, estaba sentado a la puerta de su casa con el sacristán, punteando la vihuela. Dirigióse D. Nicolás hacia él, y después de darle las buenas noches y de sentarse a su lado:

—Padre —le dijo—, ¿usted no sabe lo que me sucede?

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Que Carmen se ha ido de casa, y no sabemos cuándo, cómo, ni con quién.

—¿Qué me cuenta usted D. Nicolás!

—Lo que usted oye.

—¿Pero usted no tiene algún antecedente?

—Yo, ninguno. No le he conocido ninguna distracción con nadie, ni sospecho quién haya podido seducirla. Porque esto es claro: ésta es una verdadera seducción, un rapto.

—Con efecto. Pero dígame usted, ¿y aquel muchacho Ignacio que tiene un sitio a media legua de aquí, que vive con su madre y con una hermana bien parecida ella, aquél con quien usted trató el caballo moro...?

—Sí, ya sé quien es, pero aquél no tuvo nada con Carmen. El quiso, pero a ella no le gustaba.

—Sin embargo, dé usted su vuelta por allá, que en donde menos se piensa salta la liebre.

—¡Vaya una muchacha loca! Y ya ve usted cómo la he criado: lo mismo que a Pepilla... En fin, voy a ver si hacemos otras diligencias.

—Sí, vaya usted, y no se olvide de ese mozo Ignacio.

D. Nicolás se retiró lleno de mil cavilaciones, y luego que llegó a su casa preguntó a Magdalena si había podido traslucir alguna cosa.

—Nada —le contestó ésta—, pero yo tengo acá cierta malicia de un cierto sujeto, y no quisiera equivocarme.

—¿De quién? Vamos, ¿de a qué son esos tapujos entre los dos?

—De D. Ramón.

—¿Del Capitán?

—Del mismo. Varias veces lo he cojido hablando solo con Carmen, y no me ha gustado nada porque él es un poquito libertino con las mujeres.

—Pues, lo juro que como él sea, le ha de costar la Capitanía. Apuradamente, yo sé todas sus travesuras, y él sabe que yo las sé y que puedo probarlas. ¡Conque mira tú si puedo perderlo! ¡Dios lo libre que él sea!



Con esta sospecha de Magdalena trató D. Nicolás de hacer sus averiguaciones, y estuvo espiando la conducta y palabras del Capitán. Una mañana se fue donde el Cura y le dijo:

—¿Sabe, padre, que tengo mis sospechas de D. Ramón en este asunto de Carmen?

Habían pasado ya tres días.

—No me parece que él haya sido capaz de esa mala acción.

—Yo no quisiera formar malos juicios, pero Magdalena tiene allá sus malicias, y yo ya se ve, interesado en el negocio lo mismo que ella, me figuro que puede ser cierto lo que dice, y pienso mal de todo el mundo. ¡Vaya una cosa rara: ya han pasado tres días y a estas horas la mulatica no parece ni viva ni muerta!

—Ella parecerá cuando usted menos lo imagine.

—Le juro a usted, padre Medina, que al infame que me ha sonsacado la mulata le ha de pesar la mala partida, o no me llamo yo Nicolás de Contreras.

Pronto se desengañó éste de que no era el Capitán el raptor de Carmen, y recayeron entonces nuevas sospechas sobre otros vecinos indistintamente, pero sospechas vagas que luego se disipaban a la menos diligencia que se hacía. Doce días más se pasaron en practicar cuántas creyeron indispensables, sin dar por eso en el rastro que los condujere a descubrir la verdad.

Un día, a la caída de la tarde, se presentó en casa de D. Nicolás uno de los taberneros del pueblo, el Señor Juan Morentes, solicitándolo para comunicarle con reserva una noticia que le importaba.

—Entre usted, Morentes —le dijo aquél—, y coja una silla.

—Dios guarde a usted, Señor D. Nicolás —dijo el tabern[er]o, entrando en la sala.

Luego se sentó a su lado y comenzó su plática de este modo:

—Pues, Señor, yo soy acá venido porque resulta que, cruzando ayer de mañana en vuelta del sitio de mi compadre Nepomuceno, por este potrero<sup>(f)</sup> de aquí del fondo, junto a la loma, vide en la puerta de la casa a la mulatica Carmen, su hija de usted. Si no me engañan mis ojos, porque ella parece como que me conoció y se echó para dentro luego que me vido.

—Y ese potrero, ¿de quién es, quién vive en él, y a qué distancia está de aquí?

—Yo, a decir la verdad, señor D. Nicolás, no sé quién es el dueño de esas tierras, ni sé quién vive en el potrero. Lo que es la distancia, habrá sus dos leguas cortas.

—Doy a usted las gracias, Señor Juan, y vea en qué puedo servirle.

Decía esto D. Nicolás levantándose.

—Dios se lo pague, S[eñ]or D. Nicolás —[replicó] levantándose también.

—¿Conque dice usted que en el potrero que está junto a la loma?

—Sí, Señor, ahí proprio [sic].

—Pues, Señor, no perdamos tiempo. Adiós, Señor Juan —[dijo] dándole la mano.

—Adiós, Señor D. Nicolás.

Comunicó éste a Magdalena la noticia, y mandó ensillar en el acto su caballo para marchar. No pareciéndole prudente ir solo a la diligencia, solicitó al Capitán para que lo acompañara, el cual se prestó tanto más gustoso a complacerle cuanto que tenía ya entendido que se había sospechado que él fuese el raptor de Carmen.

Partieron, pues, como a las siete de la noche, sin que nadie lo advirtiese en el pueblo, y al cabo de una hora de camino llegaron a la inmediación en la casa del potrerito. Se apearon junto a unos naranjos, y ataron los caballos a los troncos. Armados, como iban, de machetes y pistolas, se dirijieron animosos hacia la puerta. Más, figúrese el lector cuál sería la sorpresa de D. Nicolás cuando, advirtiendo entreabierta una de las ventanas de la casita, observó por ella en la sala sentados a una mesa, cenando descuidadamente, a Carmen con el Padre D. Salvador de Medina.

—¡Ah, pícaro! —fue la única palabra que salió de su boca, y sin esperar a más corrió precipitadamente a la puerta, le dio un fuerte empujón, ayudado por el Capitán, y entraron los dos a la sala.

Inmóviles se quedaron Carmen y el Cura.

—Buen provecho —les dijo D. Nicolás reprimiendo el enojo—. ¿Qué es esto, padre Medina? ¿Es usted el que se ha atrevido a cometer una acción tan indigna de un sacerdote, de un cura, de un hombre de bien? ¿Es usted, el que me ha estado engañando con el nombre de amigo, el que ha dado este escándalo en el pueblo? ¡Hipócrita! Clérigo sinvergüenza... Si no mirara que es usted un infeliz, a fe de Contreras que había de quedar ahora mismo bien castigado. Capitán, ya usted lo ve: usted es un buen testigo. El señor ha seducido a una hija mía, la ha deshonrado, y aquí mismo protesto contra él, para donde haya lugar.

—Señor D. Nicolás —contestó el cura—, usted proteste cuanto quiera, y diga lo que le parezca. Yo habré cometido una falta, y la conozco y confieso, pero usted ha cometido otra antes que yo, y la falta de usted ha producido la mía. Usted también ha escandalizado y escandaliza el pueblo. Y “¡Ay, de aquel hombre por quien viene el escándalo!”, ha dicho Jesús a sus discípulos. Si ambos somos culpables a los ojos de Dios, y a los del mundo, sigamos el consejo del Divino Maestro, que dice en otra parte del Evangelio: “Si tu hermano pecase contra ti, ve y corríjele entre ti y él sólo, y, si te oyese, ganado habrás a tu hermano”. Esto quiere decir, Señor D. Nicolás, que no debe pasar de los dos este negocio en el que usted y yo hemos tenido parte directa, yendo cada cual por diferente camino.

—¡Qué me viene usted ahora con sus teolojías!, padre Medina, cuando usted mismo se ríe de todas esas cosas. ¿Se figura usted que yo soy algún calambuco? Vaya usted a predicar esos sermones a los negros o a los mentecatos. En

la curia será donde se ventile y componga este negocio, y allí veremos quién es el que lleva el gato al agua. ¡Vamos, Capitán! Anda tú por delante, sinvergüenza —le dijo a Carmen—, que yo te pondré en el lugar correspondiente.

Diciendo esto, salieron de la casa y montaron en sus caballos. D. Nicolás sentó a Carmen por delante en su propio aparejo, cojiéndola con el brazo izquierdo por la espalda, y echaron a andar.

Llegaron al pueblo como a la diez de la noche, y nadie pudo advertir su entrada, puesto que los vecinos estaban recojidos. Sólo el Señor Juan Morentes, que a la cuenta los esperaba con inquietud, se quedó dormitando en una silla que recostó contra un horcón del colgadizo de la taberna. Al oír el ruido de los caballos, levantó la cabeza y, conociendo a D. Nicolás, le gritó al paso:

—¿Conque no se malogró el tiro?

—No Señor: ya ve usted como vengo.

—¿Con la cimarrona, <sup>(g)</sup> eh? ¿Y quién fue el ladrón?

—Un amigo de usted.

Todo esto se hablaba a gritos, pues D. Nicolás seguía su camino a la carrera, dirigiéndose para su casa. Llegó a ella, le dio las gracias al Capitán y se despidió de él dándole la mano. Enseguida entró con Carmen en la sala donde los esperaba Magdalena, y cerró la puerta.

Al amanecer del siguiente día, se supo en todo el pueblo la aventura del potrerito y la cenita de Carmen con el padre Medina: lo cual fue materia inagotable de cuentos y risa entre los vecinos. D. Nicolás, para evitar visitas y bochornos por el caso, dispuso trasladar la familia al cafetal —como lo hizo— y a los ocho días entabló su pleito contra el Cura.

### III

Poco más de un año duró la contienda judicial, que fue encarnizada y de un éxito dudoso. Mil intrigas escandalosas se emplearon por uno y otro para obtener justicia o favor, gastándose al cabo algunos centenares de pesos en las costas procesales. Por mejor parado, D. Nicolás, por ser más rico que el Cura y ser tan clara y evidente su prueba, consiguió que se condenase a éste a 9 meses de reclusión en el convento de San Felipe, al pago de las costas causadas por sí y las comunes de por mitad.

Cumplido el término de la condena, volvió a su curato el padre Medina, pensando siempre en tomar venganza de su enemigo en la primera ocasión que se le presentase. Uno y otro se miraban como dos perros que se quieren embestir y se respetan mutuamente por temor. El pueblo estaba dividido en dos bandos: uno abogaba por el Cura, y el otro por D. Nicolás. Pocos vecinos había que tuviesen la cordura de condenar a entrambos.

D. Nicolás permanecía en su finca desde el suceso de Carmen, y algunas veces solía venir al pueblo para que le dijese chismes y cuentos, contra el

padre Medina o contra él mismo, sus propios partidarios y amigos. Otras veces iban éstos al cafetal a llevarlos, y D. Nicolás, luego que les hacía sentar y que les repartía tabacos, les preguntaba:

—¿Y qué dice el monigote? —apodo que le había puesto al Cura.

—Nada. Ahí está como siempre, tocando su guitarra y jugando a las damas en la taberna.

—Pero ese santo varón —decía Magdalena—, ¿por qué no se entretiene en hacer algunas cosas buenas? ¿Por qué no se pone a enseñar a leer y la doctrina cristiana a tantos muchachos vagamundos que hay en el pueblo? De ese modo no lo tentaría el diablo con malos pensamientos. Con unos poquitos que enseñara hoy y otros poquitos mañana, al cabo del tiempo todos los muchachos del pueblo sabrían leer en el *catón*.<sup>(h)</sup>

—Eso es lo de menos —contestaba D. Nicolás—. Un buen cura lo que debe de hacer es rezar en su breviario en las horas desocupadas, y visitar y consolar a los enfermos. Pero ese hombre, estoy seguro, que no tiene ni aún breviario.

—¡Las cosas de la señá Magdalena! —decía uno de los guajiros a quien había chocado la idea de la negra.

—¿Conque usted cree que el padre D. Salvador querría ser escuelero?

—¿Y qué tiene eso de particular? Dígame usted, ¿San Casiano no era un Santo y un Obispo y no enseñaba a leer a los niños?

—Pero esos son cuentos de viejas, señá Magdalena —le contestaba otro guajiro.

—Pues yo he oído decir —respondía la negra—, que San Casiano era Obispo y que enseñaba a leer a los muchachos. Ahora, si me han engañado, eso es otra cosa. Pero yo lo he oído decir.

—También he oído yo leer en un libro que trata de Carlomagno y de todas sus guerras, y yo le preguntó a usted: ¿quién ha visto [a] Carlomagno? Nadie, porque no ha habido tal sujeto. Dice muy bien D. Nicolás: el padre D. Salvador lo que debe de hacer es rezar y dar limosna a tanto probe [sic] que hay en el partido, y no meterse a maestro de escuela.

Tal vez contemporáneamente se murmuraba de D. Nicolás en casa del padre Medina o en la taberna de su afición. Solía éste llamar a su adversario *el muy cornudo*, lo cual daba que reír a carcajadas a los guajiros.

—¿Qué hay de eso, padre? —le decía algunos.

—Lo que es público y notorio —contestaba éste.

—¿Y cuándo saldrá de deudas D. Nicolás?

—Nunca —contestaba el Cura—, porque si va a pagarlas no le queda ni el caballo para montar.

Tal fue por mucho tiempo la guerra de chismes y murmuraciones que se hicieron el padre Medina y D. Nicolás, sin otro fin que el muy sucio y pueril de mortificarse. Un acontecimiento que vamos a referir dio esperanzas al primero de venganza.

Como a las diez de una noche de setiembre, se oyó en el pueblo el chasquido del látigo en la finca de D. Nicolás, y, aunque este ruido sea tan común y tan indiferente en el campo donde se oye casi sin interrupción día y noche, no dejó de sorprender aquella vez, siendo tan continuado y de tan larga duración pues hacía dos horas que sonaba.

—¿Qué diablura estará haciendo este hombre? — dijo el padre Medina, sentado como de costumbre a la puerta de su casa con el sacristán.

—Castigo es, no hay duda —añadió éste—. ¡Vaya un hombre sin compasión! ¡Si tiene unas entrañas de fiera!

Dejó de oírse el látigo como a las doce de la noche, pero a la madrugada se armó tal ruido de perros en la misma finca que llamó nuevamente la atención de los vecinos.

—¿Qué diablos es esto? —esclamó el Cura— ¡D. Santiago! —le dijo al sacristán—. Vaya usted a ver por el camino qué significa ese alboroto de los perros. Alguna novedad ha ocurrido esta noche en esa finca: no puede menos.

El sacristán, que era naturalmente amigo de husmearlo todo y corría con la nota de ser el primer chismoso del pueblo, salió corriendo para el camino, y se puso en observación junto a la cerca del cafetal, dirigiendo la vista por una guarda-rama.<sup>(i)</sup> No pudiendo percibir nada por esta parte, se dirigió a otro punto: tampoco hizo ningún descubrimiento. Saltó entonces la cerca, y se encaminó a un bosque inmediato, desde el cual podía ver la casa vivienda. Allí se estaría diez minutos cuando, de repente, vio entrar en una guarda-rama, que le quedaba a la izquierda, cuatro negros que traían al hombro una tabla y sobre la tabla un bulto cubierto con una frazada sucia y agujereada. El mayoral, con muchos perros y armado de su látigo, de su machete y su cuchillo, venía por detrás de aquel aparato misterioso.

—¡Santa Bárbara —dijo el sacristán—. ¿Qué significa esto?

Y advirtiendo que todos se dirijían al mismo bosque donde él estaba escondido, se internó unas 20 varas y se echó detrás de unos troncos para que no lo vieran los negros y el mayoral, y él verlos a todos a su gusto.

Al entrar en el bosque aquel entierro —que no era otra cosa—, les decía el Señor Verdugo a los esclavos que iban hablando:

—Callarse la boca, y al negocio.

A poco que anduvieron, vio el sacristán que bajaron la tabla y la pusieron a un lado, que quitaron diestro unos palos, los cuales tapaban la boca de una furnia,<sup>(j)</sup> y que cojiendo después el bulto por los extremos, y bamboleándolo un poco, lo arrojaron en aquella caverna.

—Ahora, que la busquen —dijo el mayoral luego que oyó sonar el bulto en lo hondo de la furnia.

Taparon la boca con los palos, y salieron todos del bosque dirigiéndose a la casa de vivienda.

—No hay duda —dijo para sí el sacristán—, éste es un asesinato que se ha cometido esta noche. Este hombre —refiriéndose a D. Nicolás— va a tener un mal fin. Es preciso, ¡si esto clama a los ojos de Dios!

Espantada su imaginación con lo que acababa de presenciar, se encaminó apresuradamente al pueblo, volviendo a cada rato la cabeza por parecerle que oía pasos detrás que venían en su seguimiento. Y llegado a la casa del padre Cura, le repitió menudamente lo que había visto y oído en el bosque.

—Pues es necesario dar parte al Capitán de este atentado —dijo el padre Medina—. Vaya usted a ver si está en su casa, y si está dígame de mi parte que me haga el favor de verse conmigo para comunicarle una cosa de mucha importancia.

Fue D. Santiago, y el Capitán se presentó sin demora al llamamiento del Cura. Contóle éste la ocurrencia en la finca de D. Nicolás, y añadió que, en su concepto, deberían hacerse averiguaciones judiciales de un hecho que parecía tan sospechoso de un crimen: que había un testigo y el antecedente de un castigo de por la noche para creerlo así.

—Yo no dudo lo que usted me refiere —contestó el Capitán—. Conozco el carácter de D. Nicolás con sus esclavos, y que no sería éste el primero que haya matado, pero, padre Medina, al fin él es el amo de sus negros, y yo no quiero meterme en cuestiones con un hombre tan vengativo como él. Usted lo sabe por propia [sic] experiencia. Además, yo llevo amistad en su casa, y no parecería regular procedimiento. Por otra parte, el negocio, bien considerado, no me parece a mí tan grave como a usted. Pues al fin, matar un negro es quitarnos un enemigo.

—Sin embargo —repuso el padre Medina—, ese negro es un hombre.

—Pero es un hombre esclavo.

—Es un esclavo, mas el amo no tiene derecho a su vida que la ha recibido de Dios, y sólo Dios puede quitársela.

—Vamos, padre Medina, aquí en confianza. Usted no piensa de ese modo, pero como usted está agraviado con D. Nicolás, por el pleito y por los 9 meses de encierro en San Felipe, quiere ahora sacarse la espina defendiendo a los esclavos y aconsejándome que proceda contra él porque anoche ha matado uno. Usted sabe que antes ha matado otros, y entonces usted no dijo nada. Por el contrario, aprobó usted lo que ahora desaprueba. Conque, ¿qué quiere decir esto, padre Medina?

—Mi venganza, Señor Capitán: eso es lo que quiere decir esa contradicción. Sí señor, mi santa venganza. Póngase usted en mi lugar y hará lo mismo.

—Yo lo considero. Pero al fin es menester perdonar a nuestros prójimos cuando nos hacen algún mal, según nos lo dice usted mismo en sus sermones.

No insistió más el padre Medina en su demanda, que era justa, y muy propia de su ministerio, pero dirigida por un espíritu de odio a su enemigo y no por el espíritu recto de la justicia ni por los impulsos de la caridad: perdía todo su valor y su mérito convirtiéndose en un sentimiento bastardo y culpable.

El Capitán, sin embargo, que debía cumplir con su deber al aviso que tuvo de aquel atentado, no dio ningún paso judicial, y todo se quedó impune y en silencio.

Mas Dios dispuso las cosas de otra manera. Porque ha de saberse que aquel bulto arrojado en la furnia era una negra casada en la misma finca, y que, por causa que se ignora cuál fue, la habían castigado tan horrorosamente una noche que a las cuatro de la madrugada apareció pasmada con los pies metidos en un cepo, llena toda de sangre y de heridas. Pasaron quince días de este suceso, y a las cinco de la tarde del día 16 solicitó Magdalena a D. Nicolás para no sé qué asunto. No se le encontró en el Cafetal: el Mayoral lo voceaba por todas partes, y nadie respondía. Fueron al pueblo, y no estaba allí; fueron a la caballeriza, y allí estaba su caballo. Alborotosa la familia, lloró y jimió. Se mandó un negro al pueblo para que viniese el Capitán y otros vecinos. Se hicieron en el acto todas las averiguaciones entre los negros: el mayoral tocó la campana, y se reunieron estos.

—¡Ajila! —dijo el Señor Verdugo, y los empezó a contar—. Aquí falta uno. ¿Quién es?

—Valentín el carabalí, <sup>(1)</sup> el marido de la colorada.

—¿Dónde está? ¿Quién lo ha visto?

Nadie respondía una palabra. Le dieron algunos bocabajos <sup>(11)</sup> a los esclavos que se creyó que pudieran saberlo, pero fueron inútiles estos apremios. Repitieronse nuevas diligencias en la finca, se voceaba por dondequiera, se ofrecieron regalos a los negros para que descubriesen si algo sabían del paradero de su amo: todo fue inútil. Ni D. Nicolás ni Valentín volvieron a aparecer: sospechóse que el primero había tenido una muerte trágica, y que el segundo estaba en un palenque <sup>(m)</sup> inmediato a la finca. La negra que llamaban en el cafetal la colorada fue el mismo bulto que había visto el espantado sacristán arrojar en la furnia.

El Capitán prosiguió a instruir la información sumaria del hecho y, concluida que fue, la remitió a la Habana por insinuación del padre Medina, al tribunal del alcalde primero.

Volvamos ahora a la calle de Compostela número tantos, porque es llegado el caso de enlazar esta segunda y tercera parte de nuestra historia con la primera.

Habíase nombrado aquel año en la Habana de alcalde de primera elección al Señor D. Pedro Aguila. Como de costumbre, jugaba esa noche a tresillo con dos amigos, y en la sala se divertía con el canto [y] el baile de las señoritas y los mozos que formaban el estrado de D.<sup>a</sup> Belén. Serían como las ocho de la noche cuando entró en la casa un escribano con unos papeles debajo el brazo, y dio las buenas noches acercándose a D. Pedro.

—¿Qué tenemos, Secretario? —le dijo éste.

—Aquí traigo una causa criminal que han remitido del campo para el tribunal de usted.

—Pues póngala ahí sobre mi mesa, que mañana la veremos.

El escribano entró en el cuarto del despacho, la puso sobre la mesa, y se despidió.

Al día siguiente por la mañana fue D. Pedro a examinarla, y apenas leyó la cubierta, le dio un vuelco el corazón. Inmediatamente llamó a D.<sup>a</sup> Belén, y con muchísima sangre fría le dijo:

—¿Sabes que han matado a tu marido?

—¡A Nicolás!

—Al mismo.

—¿Y cómo fue?

—Parece que ha sido un negro de la finca.

—Y esos bienes, ¿cómo quedan ahora? Porque yo creo que Mercedita es la heredera de todo.

—Como él tiene esas mulaticas, que al fin son hijas tuyas...

—¿Qué mulaticas ni qué niño muerto! Todos es de Mercedita, que es la hija legítima. No faltaría más sino que las zambas<sup>(n)</sup> se fueran a festejar con lo que corresponde a la otra. No señor. Todo es de Mercedita.

—En fin, veremos si ha dejado hecha alguna disposición.

—Bien dicen que Dios se vale de sus mismas criaturas para castigarlas.

—Supongo que te pondrás luto.

—Sí señor, en eso estoy, en ponerme luto. ¡Allá su negra y sus mulatas que se lo pongan!

Diciendo esto se salió del cuarto y fue a dar a su hija la noticia de la muerte de D. Nicolás.

—Mercedita —le dijo—, encomienda a Dios a tu padre.

—¡Como! ¿Se ha muerto papá?

—Lo ha matado un negro de la finca.

—¡Lo han matado! —y se sentó desfallecida, y llorando, tapándose la cara con un pañuelo.

D.<sup>a</sup> Belén no hizo aprecio de aquellas lágrimas de su hija, y se dirigió a la cocina a disponer una gandinguita para el almuerzo, diciendo estas palabras en alta voz:

—Tal vida, tal muerte.

Por la noche se presentó en el estrado D.<sup>a</sup> Merced con pañuelo negro. Los tertulianos, que iban entrando, advertían esta novedad en ella y no en la madre, y con cierta natural curiosidad le preguntaban al oído la causa del luto.

—Papá, que ha muerto —decía Mercedita.

Entonces se iban volviendo todos hacia D.<sup>a</sup> Belén, y le daban el pésame.

—Acompaña a usted en su sentimiento, Belencita —decían unos.

—Gracias —contestaba ella.

—Sintiendo tanto la pena de usted —le decían otros.

—Muchas gracias.

D. Pedro tomaba la palabra, y con un tono indiferente que rayaba en irónico:



—El pobre —decía—, en paz descanse.

Acabada esta irrisión, se ponían las mesitas de tresillo, y todo volvía a su marcha ordinaria.

Ya el lector habrá conocido que fue D. Nicolás Contreras el hombre misterioso del capote y del caballo alazán.

Las esperanzas de D.<sup>a</sup> Belén en apoderarse de los bienes de su marido se quedaron burladas, pues dejó éste tantas y tan crecidas deudas que apenas alcanzó el cafetal para cubrirlas. La casa del pueblo pertenecía por escritura a Magdalena, la cual vivió en ella pobremente con sus dos hijas, faltándole el apoyo de D. Nicolás.

El Cura supo aprovecharse de estas circunstancias, y renovó sus galanteos a Carmen, que fueron correspondidos con el permiso de Magdalena. De este modo, el padre Medina se estableció al cabo de algún tiempo en la propia casa de su enemigo, donde vivió públicamente y donde tuvo con Carmen larga y masculina sucesión.

### Glosario

(a) *manigüita*: una partida de juego de naipes llevada a cabo clandestinamente; se deriva del modismo *irse a la manigua*, denotante de rebelión, fuga a un terreno de maleza o selva [la manigua] y acto prohibido.

(b) *gandinga*: guisado de hígado cortado en pedazos pequeños, condimentado con variadas yerbas, especiería y ají [pimiento], aliñado con tubérculos también en pedacitos, y cocido hasta que se espese la salsa; es voz de origen africano.

(c) *guajiro*: el campesino cubano, dando a entender un modo de vida y un habla rústicos; es voz indocubana; no se debe confundir con el *guajiro* colombiano o venezolano, descendiente de los habitantes aborígenes de la península Guajira; acepción correspondiente a *jlbaro* en Puerto Rico.

(ch) *tiple* y *calabazo*: instrumentos de música popular; el *tiple* es una especie de vihuela pequeña de tres cuerdas, oriundo de y todavía usado en la cuenca del Caribe; el *calabazo* es el comúnmente llamado *güiro*, de la voz indoantillana *güira*, específicamente del calabacín largo y curvo del cual se hace el instrumento de percusión, y se toca rascando unas ranuras, ahondadas en la superficie, con un arañador metálico semejante a un tenedor; el *calabazo* se conoce también como *guajey* y *güícharo*.

(d) *tangos* y *cabildos*: reuniones de afrocubanos; el *tango* es una fiesta con baile y bebidas alcohólicas, y el apelativo es voz africana, mientras que el *cabildo*, calcado sobre la voz castellana descriptiva de un concilio/consejo/junta/cofradía, es una agrupación cuyos miembros tenían el mismo origen tribal africano —de ahí el sistema de *cabildos* en Cuba— y, rejidos por estatutos acordados en común, se congregaban para conservar, mediante la repetición oral, los antiguos ritos y tradiciones, al igual que para discutir y poner en ejecución proyectos de ayuda mutua.

(e)\*: el asterisco en el texto se remite a una nota al calce por Tanco: “El Congo así no se baila hoy en la Habana: se baila en el campo. Yo quiero suponer que en la capital hay en el día más pudor y recato del que había en 1815: pero [es] ésta una [borrón: tinta corrida] y gratuita suposición. ¡Quién sabe lo que habrá de cierto en el particular! Los *papeles* [sic] y el *güiti güiti* [?] se bailaban no hace mucho tiempo en casas principales: bailes de negros, no menos sucios que el congo. ¡Oh, influencia de Africa, por dondequiera te descubro”. Nótese que anteriormente, al nombrar el *changuí*, baile también africano, lo describe dentro del texto sin connotar un repudio: cen-

sura Tanco el baile obsceno y no el origen étnico del baile; la exclamación final no manifiesta una querrela de giro despectivo en que la amalgama se repudia, sino una afirmación de la realidad cultural cubana que aquella sociedad esclavista se negaba a reconocer.

(f) *potrerito*: terreno cercado, destinado al cuidado y engorde de ganado; paraje rural con vivienda, dedicado a la cría de reses y caballos con fines comerciales.

(g) *cimarrón*: esclavo prófugo; persona que se huye al monte; animal o planta silvestre.

(h) *catón*: manual de retórica usado para enseñar los rudimentos del latín y para desarrollar el amor patrio en los niños.

(i) *guarda-rama*: línea divisoria que separa los predios rurales; seto delimitador entre dos fincas; cualquier lindero, de árboles o estacas, usado para circunscribir los componentes o parcelas de trabajo de una propiedad rural.

(j) *furnia*: sumidero natural en terreno peñascoso; cavidad profunda en la tierra, de ordinario resultante de un antiguo pozo ahora seco.

(l) *carabalí*: corrupción lingüística del patronímico correspondiente a quien proviene de Calabares, en la parte sur de Nigeria.

(ll) *bocabajos*: azotes dados a un esclavo acostado en el piso con la boca hacia el suelo.

(m) *palenque*: refugio de esclavos prófugos y otros fugitivos.

(n) *zambo*: hijo o hija de negro e india o indio y negra; término a veces usado por *mullato* o *pardo* con valor de insulto.